

siempre y en todo tiempo aparecer como nación culta, libre y cristiana.

ALBERTO ABELLO PALACIO

Bogotá, septiembre de 1913.

## LA JUSTICIA Y LA REPUBLICA

ORACIÓN DE CLAUSURA DE ESTUDIOS EN EL COLEGIO DE  
"SANTA LIBRADA" DE NEIVA

Señor Gobernador, señor Director General de Instrucción Pública, señor Rector, venerables sacerdotes, respetable Claustro, señoras, señores :

Por una curiosa y muy simpática coincidencia vino a nacer nuestro país a la vida de los pueblos soberanos en la misma fecha en que la Iglesia celebra el triunfo de aquella ilustre princesa del Portugal, que en lengua de su antigua raza se llamó *Wilgefortis*, y que, por virtud de sucesos maravillosos de su primera infancia, cambió ese nombre por el de *Liberata* o *Librada*. Por manera que en "*Colombia libre*" vienen a confundirse el onomástico y el natalicio, como que quiso la Providencia que al formarse esta nación, mil veces bendecida, su destino llevara su nombre, y su nombre llevara su destino. Nada más justo, pues, que el Colegio de Santa Librada, homónimo con la república en los añales, celebre el acto más importante de su curso en un día tan amable y tan glorioso.

En virtud de la disposición, muchas veces autorizada, de mi inmediato superior, correspóndeme la honra de llevar la palabra de estilo en esta sesión solemne; y tal orden es, como todas las emanadas del señor Rector, de gratísimo cumplimiento para mí, cuanto más que con ello se me brinda la ocasión de despedirme afectuosamente de esta sociedad doméstica que forma el Colegio, y de estotra mayor, muy culta y muy señorial, que, con una acogida tan franca y sencilla como hospitalaria y galante, ha cautivado mi

voluntad y mi gratitud por completo. Y, además, viene de perlas que, al separarnos de los discípulos queridos, nuestras últimas palabras sean para la patria y para los padres de la patria.

He dicho antes, señores, que éste de premios es el más importante de los actos del Colegio. Durante el curso del año, todo lo que hacemos aquí, en casa, va encaminado a educar al alumno: la entrada a horas constantemente fijas, la formación para ciertas ocasiones, la clase, la admonición, el castigo mismo; pero nada es tan eminentemente educativo como el acto práctico de impartir finalmente la justicia, tributando a cada uno lo que le es debido, conforme a sus obras, a sus esfuerzos, a sus victorias alcanzadas sobre las propias pasiones, sobre los obstáculos externos, sobre la inercia indolente, sobre la apática pereza; en una palabra, conforme al mérito y demérito de cada individuo. Esta es una de las ocasiones en que práctica y públicamente aprenden los alumnos que no la simpatía, que no los valimientos, que no la correspondencia al cariño y a las dádivas, ni el temor a los resentimientos o al olvido, pueden ser nunca motivos en la adjudicación del premio o en la inflicción de la censura o el castigo.

Y como la justicia es noción tan universal y al propio tiempo tan indivisible, a aplicarla aquí no vienen sólo los superiores del Instituto, sino que también concurren a ello los mismos alumnos con una especie de conciencia colectiva, anticipando sus conceptos, augurando cada premio al digno de él, sin equivocarse casi, y luego tributando las palmas y las congratulaciones a los que han ganado la meta. Y a ello concurren también, rodeando el acto de la mayor solemnidad, las primeras autoridades de todos los poderes, y la flor y la nata de una sociedad ilustrada, rindiendo a la justicia pleito homenaje y aplausos expresivos a los vencedores del certamen.

Se ha dicho cien veces que, de todas las formas de gobierno, es la república la que mayores virtudes exige por

parte de los ciudadanos. ¿Y qué será de la República, si de la sociedad se ausenta la justicia, eclipsándose la moral y olvidándose el cumplimiento del deber? Esta excelsa virtud es piedra sillar de todo orden y de todo progreso. Ante todo, es la madre de la paz, porque ésta es don de Dios, negado siempre a los que se apartan de sus caminos, y castigo de iniquidades la guerra. Porque es una utopía la paz sostenida por las bayonetas, “*la paz armada*,” insegura y falsa siempre; la fundada en las relaciones mercantiles y en la compra del orden por dinero, llamada “*la paz científica*,” asaz costosa y frágil, utopía también en la pura realidad; y más que quimérica la que pretendiera apoyarse en el solo *laissez-faire* que, amenguando cada día los prestigios de la autoridad, termina por robustecer el anarquismo y entronizarlo.

Esa la razón por qué la República necesita y quiere que cada uno de los ciudadanos se eduque y se ilustre en el conocimiento de sus deberes morales y civiles no menos que en el de sus derechos sagrados; para que haciéndose iguales todos—no nivelándose por lo bajo, como pretende la doctrina socialista, sino apareándose en aspiraciones nobles y elevadas—se hagan igualmente dignos de los favores del Estado, compitiendo primero en la práctica de las virtudes y el cumplimiento del deber.

Allá en las grandiosas monarquías del Renacimiento, los filósofos escribían sus libros sabios y eruditos, “*ad usum delphinis*,” destinados al uso del delfín, para educar al hijo del rey, y hacer de él un príncipe egregio por talentos y virtudes, digno de suceder a su padre en el gobierno y la ilustración del Estado. Trabajos baldíos alguna vez, cuandoquiera que el sucesor resultaba perverso o mentecato. Hoy, en la República cristiana, el delfín son todos y cada uno de los hijos de la Nación; el hijo del menestral como el del hombre potentado; el del burgués como el del sabio; el jipato y encanijado como el robusto

y lozano; porque son todos iguales, como retoños y como esperanzas de la patria, y porque todos están llamados, conforme a sus merecimientos personales, a ocupar el primer puesto en cada entidad, en cada jerarquía, en cada ramo de las humanas actividades, sin exceptuar las prebendas de la Iglesia—la más franca y verdadera de todas las democracias,—sin excluir tampoco el solio de la primera magistratura.

Y para formar debidamente a todos los niños que viven en su territorio, la República trabaja y hace trabajar con la mayor solicitud. Prepara constantemente maestros y maestras en las escuelas normales y en otros institutos particulares; costea directores y catedráticos, construye locales y laboratorios; sostiene universidades y colegios ilustres. Crujen a la continua las prensas tipográficas, produciendo a millones los libros y cuadros ilustrativos; los aparatos científicos se fabrican sin número, los gimnasios, los juguetes instructivos, los muebles, los objetos para premios. Los congresos legislan, catequiza la Iglesia, predica el sacerdote, estudia el filósofo, el sabio escribe. En una palabra, el mundo entero está en movimiento a todas horas, en servicio de la educación de los niños, que son el delfín de la República, llamados todos a defenderla, a servirla, a hacerla grande, llamados todos por derecho—aunque parezca una hipérbole—a ser candidatos de elección para regir sus altos destinos.

Señores alumnos de Santa Librada:

En nombre del señor Rector y en el propio mío debo felicitaros en esta ocasión. A todos en primer lugar, porque habéis tenido padres que comprenden la necesidad de educar a sus hijos en un colegio católico; mas especialmente felicitamos a los que habéis aprovechado el año, ganando las asignaturas correspondientes, y puesto una piedrecita más en la obra de vuestra educación; con más veras a los

que habéis ganado los premios y las altas calificaciones ; pero muchísimo más a los vencedores en la buena conducta y asistencia asidua, porque estos últimos premios significan el triunfo personal de la voluntad en combate.

Y al daros estos parabienes, os recordamos que no es ésta la vez primera que os hablamos de la justicia, que siempre debéis respetar y practicar, y de nuestra república, a quien siempre hemos tratado de enseñaros a servir y amar con el amor más verdadero ; a esta madre ternísima, que desde el momento en que nacéis os acoge complacida y os bautiza con el nombre de colombianos ; os declara hombres libres, como nacidos dentro de su territorio ; os colma de todos los derechos que garantiza la Constitución de 86 ; os entrega de una vez como herencia todo el acervo de sus glorias, las de Cartagena y Boyacá, las de Girardot y Nariño, de manera que con perfecto derecho puede cada uno de vosotros exclamar : “ mío es Ayacucho y es Pichincha, mío es Ortega y es Ricaurte, míos los Zeas y los Caldas, míos los Córdobas y los Mosqueras, míos los Caros y los Pombos ” ; a todos os protege con su escudo, nunca roto en lid abierta, y os defiende con sus armas, templadas como acero toledano, en el Portete de Tarquí contra los peruanos, en Cuaspud y en Tulcán contra los ecuatorianos, contra el venezolano en Carazúa, contra el español en todas partes ; sobre todos vosotros extiende su hermoso pabellón de tres colores, como abrigan bajo el ala a sus polluelos las águilas gigantes ; y por último, si, ayudados por la ciencia y la virtud, llegáis a ilustrarla y a servirla de un modo distinguido, ella es la primera en recompensaros, escribiendo vuestros nombres en las páginas excelsas de su historia.

Amar debemos a esta madre cariñosa, no con ardores platónicos ni con entusiasmos bullangueros, sino con afecto real y sincero, sirviéndola eficazmente, procurándola reposo y adelanto, hablándoles de ella constantemente a los niños, practicando la justicia, y dando ejemplos de civismo

a las masas populares. El ciudadano patriota, si ha de merecer este nombre, debe anteponer la patria a sus intereses más caros, a la familia, a la gloria, a la propia personalidad, hasta el último grado, hasta el sacrificio.

Así la amaste tú, Simón Bolívar, padre y libertador de Colombia. Para ella fue toda tu existencia, y tus energías todas para ella. Tu espada egregia hizo trizas sus cadenas, y tu genio poderoso la presentó al mundo ataviada con la majestad de la soberanía. Como el Cid Campeador peleaste por ella en todas partes ; sin los adelantos de rápida locomoción que hoy se disfrutan, corraste muchas veces al trote de humilde mula desde el alto Perú hasta Venezuela, y otras tantas volviste desde el Orinoco hasta el Potosí argentado, en defensa de su consolidación, de su tranquilidad y de su independencia ; y ora en las posadas del camino, ya en los sombríos corredores del palacio de San Carlos, substituíste al sueño reparador vigiliaslaboriosas, preocupado el pensamiento con el porvenir de esta hija predilecta.

Así cuando, paseándote en las playas solitarias del Océano, vecinas ya tus horas últimas, contemplaste con previsión admirable esta patria, esta Colombia de hoy día, tu alma padeció las torturas de Gethsemani, divisando las disensiones actuales, estos desmayos, estas incertidumbres, estas presentes angustias ; y al peso de tan grave pensamiento desfalleció tu ánimo viril en aquella hora amarga en que

“..... *Gemta*  
*Colombia en agonta*” ;

y cuando, apenas en la mitad de la existencia,

“ *Tu espíritu radioso declinaba.*”

ENRIQUE MONSALVE

Neiva, julio 20 de 1913.

